

Un poeta, un cuentista y un aficionado

Antonio Álvarez

El poema “En la brecha” de José de Diego, donde impera el verbo como categoría gramatical dominante, es un llamado a la toma de conciencia de nosotros como seres humanos y puertorriqueños. El toro y el pitirre les ve José de Diego como elementos simbólicos de rescate y afirmación patriótica. Cuando leí “El Josco”, de Abelardo Díaz Alfaro, en mi adolescencia, por los cuatro puntos cardinales de ese cuento surgía el poema “En la brecha”, o ambos escritos consustanciándose en mi conciencia. Muere de Diego en 1918, nace Abelardo en 1919 y el toro metafórico-simbólico del uno salta las vallas de la muerte y cae en medio de la plenitud de la vida del otro. Yo, un mochero de la palabra, siempre deseé conocer a Abelardo; pero la oportunidad se las arreglaba para tornarse arisca, de espíritu poco negociable... y olvidé el asunto. Posteriormente, sin proponérmelo, me metí a mochero de la palabra; desde ahí empecé a fastidiarla, a hacerla pasar todos los malos caminos por donde la he metido.

El tiempo, como sea, ya en escuela intermedia, mi hija mayor, Lourdes, tiene la asignación de llevar algún material sobre “El Josco”, cuento que su grupo había acabado de estudiar. Así las cosas, releo el cuento y escribo el miércoles, 12 de septiembre de 1984 el poema titulado: “El toro del Toa”. He aquí ese poema:

Sombra imborrable del Josco
sobre la cúspide de nuestra puertorriqueñidad.
Toro-cultura, toro-patria, toro-libertad...
toro-ideal, toro-sueño, toro-esperanza.
Tus mugidos: pitirres marciales
de que lo nuestro es nuestro.
Fue tuya la lucha de cancelación y clausura.
De Diego nos habló de un toro,

toro magnífico, toro simbólico:
Abelardo nos dio el toro que de Diego soñó.
Tu vida –Josco- transcurre “en la brecha”
Y se hizo la lucha, lucha tremenda,
Como tremendo es todo aquello...todo aquello
en que lo vital está en juego.
Los dos se perdieron en una polvareda
de traumas y estremecimientos ancestrales.
Por tu cuerpo pasó la sacudida psíquica
del experimento de Urayoán,
Enrico, Drake, Cumberland...Lares amachetado;
1898 alucinando: la ficción de los redentores...
los amos benévolos.
Todo eso pasó por tu psiquis de: toro-cultura,
toro-patria, toro-libertad, toro-pueblo, toro-esperanza.
La lucha antes que la entrega,
La muerte antes que la servidumbre.
Tú, nos enseñaste que a veces... a veces...
como Alguien hizo en la cruz:
hay que morir para derrotar...
hay que morir para redimir.

Y la chulería asomó su bemba pintada cuando la maestra le dijo a mi hija: “¡Tu padre parece que tiene guille de poeta, ja!”

De una u otra forma la intertextualidad se había dado; ahora latía larval, soterrado, el empujón de la autointertextualidad que parecía señalar más exposición temática, exigía exteriorizar la interiorización: dotar de voz el símbolo. Así las cosas, el sábado, 16 de marzo de 1985 (8:13-8:58 AM) escribí el poema cuyo título es: “Les habla un suicida”:

Escúchenme todos...escúchenme bien.
Todo el mundo tranquilo, tranquilos todos.
Urge la presentación y que confiere:

Yo soy el toro del Toa, el Josco, ese,
hijo de la actividad creadora de Díaz Alfaro.
¡Qué hablo y a ustedes les sorprende!
Han hablado Cipión y Berganza.
También habló Juan Darién,
lo mismo hizo la burra de Balaam...
lo mismo hacen otros también.
Escúchenme todos...escúchenme bien.
Acabo de sostener una lucha...
una lucha donde lo di todo...
todo por defender lo que soy.
Yo siento los cristos de la angustia
agigantarse en mi alma
y romperme las pupilas mil dolores crueles.
No es fácil pelear con un enemigo
de cinco siglos de estatura...no es fácil.
Yo traigo un cántico de auroras en mis sueños
y una alborada de pitirres en mi instinto.
Yo tengo el domingo sangrante de la masacre de Ponce
chorreándome agonías en las astas fúnebres del recuerdo...
Hay un bosque de ladridos mordiendo
los sagrados costados de mi patria.
Güiro: ponte las sandalias del alma
que estás en el paraíso
donde la serpiente ofrece
y Eva no rechaza.
Patria...patria: bohío roto entre el alma y las estrellas...
Patria...patria: niño abandonado entre corolas de astros,
terremoto de promesas y hojarasca de palabras.
Acabo de sostener una lucha...
una lucha donde le di todo...
todo por defender lo que soy.
Triunfé por encima de todo lo que encoge y reduce,
por encima de las rodillas dobladas

y brazos vejados,
por encima de todo lo negado: triunfé.
Sin embargo, el otro se queda
y a mí se me confina a la esclavitud.
No hay metas ni cúspides
desde la infamia y la degradación.
Mi patria parece estar eternamente crucificada
en las garras miserables de una maldición.
No se puede estar con la cabeza en alto, Jincho Marcelo,
cuando alguien pretende hermanar el lodo con el cielo.
No se puede ver la tierra como nuestra
mientras otros toros pasten en ella.
Yo luché poniendo mi corazón en cada cornada
y mi espíritu en cada empuje.
Hubo una fiesta de pitirres en mi alma
cuando el otro en la reculada, cayó vencido.
Yo vi una alegría de quebrada
en la cara del jincho Marcelo.
Yo siento los cristos de la angustia
agigantarse en mi alma
y romperme las pupilas mil dolores crueles.
Hay un bosque de ladrillos mordiendo
los costados sagrados de mi patria.
Este es el momento cruel
de la injusticia y el vituperio;
el lodo, el barranco, el misterio.
No seré yo quien arrastre la carreta impúdica
que se lleve lo nuestro
y nos deje secos, oscuros y vacíos por dentro.
Esa carreta no seré yo quien la lleve.
Ya nunca más el alma de Manolo el Leñero
pasará todas las noches
por mi alma arrasada llorando y gimiendo.
¡Cómo duele lo que no pudo ser!

Queda uno algo así
como un Lares vencido
o un Viernes Santo alejándose para siempre de Jerusalén.
No quiero ver más ocasos ni amaneceres
con la cabeza baja y las rodillas rotas...
Sólo me queda un camino
entre las flores y las estrellas...
un camino subterráneo y oscuro
por debajo de todos los silencios...
un camino que se parece a nuestro adiós, Jincho Marcelo.
Dígale alguien al Jincho Marcelo
—es fácil saber quien es:
tiene la estatura de todos los silencios en la mirada—
dígale que “de un ciego y oscuro salto”
me fui por ese camino enorme y definitivo
donde terminan ocasos y amaneceres...
caminos donde se acaban los esclavos...
camino donde los amos no ponen alambradas.

Como dato anecdotal señalo que este poema obtuvo el primer premio en el undécimo certamen de declamaciones Tanamán —injustamente difunto, actualmente— el cual se le dedicó al Lcdo. José Enrique Ayoroa Santaliz. Obtuvo ese lugar, entre otras cosas, gracias al talento declamatorio de aquella jovencita, Marta Bello Busutil, que lo ejecutó de forma sorprendente. Esto ocurrió el viernes, 25 de abril de 1986 en el teatro de la Escuela Superior de Adjuntas. El profesor Francisco “Paco” Pietri, quien estuvo como jurado en ese certamen, se le metió irrevocablemente en el entrecejo que Abelardo y yo teníamos que reunirnos, porque era una injusticia que este insigne cuentista no tuviera ese poema. Me preguntó si estaba de acuerdo. Le dije que la luz estaba verde para la gestión, gestión a la que se unieron los profesores Alberto Camacho y Blanca Meléndez (hermana del profesor Arturo

Meléndez). Dicho encuentro tuvo montón de sitios que por razones que no vienen al caso se descartaron. Por fin, el “Encuentro en la Montaña” —así se promocionó— se produjo el sábado, 13 de enero de 1990 a las 7:30 PM en el teatro de la Escuela Superior José Emilio Lugo. Y el día llegó. Increíble, lo que aquel jovencito soñó una vez ahora estaba a punto de darse; de darse con una sorpresa adicional. Ocurre que quien iba a leer el poema era nada menos que Rey Francisco Quiñones, la voz oficial de Abelardo (además era uno de “Los tres Villalobos”, programa radial de aventuras, los otros dos fueron Raúl Carbonell, padre, y Manuel Pérez Durán), artista al que yo quería conocer. Por la tarde, nos reunimos en el Hotel Monte Ríos; nadie le dijo a Abelardo quien era yo, el séquito que lo acompañaba —incluyendo al Dr. Arturo Meléndez López—buscaba información pero mis amigos y yo evadíamos ir por ahí. No había llegado Rey Francisco.

Y llegó el momento del “Encuentro”, el teatro estaba de tepe a tepe; en el pasillo me presentaron a Rey Francisco Quiñones. Nos dimos un abrazo y me dijo: “Vate, este es el poema que yo hubiera querido escribir” y seguimos hablando en una esquina, mientras transcurrían los aspectos protocolarios. Me acababa de decir que ese poema no era fácil de proyectar, cuando lo llaman para que lo leyese. Sube y hace unas observaciones sobre el poema. Allí se podía escuchar el revoloteo de una mosca. Rey Francisco inicia la lectura del poema, los que estaban sentados se fueron poniendo de pie. De tal naturaleza fue la lectura magistral del poema que hasta yo terminé asaltado por la sorpresa... Rey Francisco se quedó con el escenario. Fui cotejando la reacción de Abelardo y la misma iba de la sorpresa a la incredulidad, a la satisfacción... muchos de los allí presentes hacían lo mismo. Terminó Rey Francisco, la gente estaba anonadada, pero aplaudían ovacionalmente al artista, me llamó al frente y me dio otro efusivo abrazo y me dijo: “Me imagino que este

momento no se le olvidará, porque a mí, no”. Me llamaron del escenario para que le entregara el poema laminado a Abelardo, ahí fue que me vio oficialmente por primera vez, le entregué el poema y me dio un abrazo y luego se dirigió al público y habló de su creación cuentística. En una de sus alusiones a mí, señaló: “Este hombre ha llenado a mi Josco de metáforas”. Al salir del escenario, cerca de la escalera, me dice: “Hasta hoy el Josco era exclusivamente mío, de ahora en adelante lo tengo que compartir contigo. El Josco ha hablado en la montaña”. Por otro lado, me preguntó: “¿A cuál poemario pertenece ese poema y el otro del que me hablaste?” Al poemario inédito “Debajo de mi voz”, le contesté y el cual hoy todavía conserva ese estatus. Intercambiamos promesas de alternar visitas.

En un aparte con Rey Francisco, éste me dejó saber su disposición de venir a mi pueblo y grabarme algunos de mis poemas. Y eso hizo, entre los que me grabó está: “Les habla un suicida”. Lo hizo con la misma intensidad dramática que en el momento del “Encuentro...”. Hoy ese Josco de nuestra literatura no está; quien aún está es Rey, con el cual todavía estoy en deuda por algunas zancadillas insólitas de las circunstancias, ésas que nos han puesto sobre los lomos de las mismas fieras a Vitito Pérez Aparicio (el técnico que hizo el excelente trabajo de grabación) y a mí...pero cumpliremos, que no haya dudas al respecto.

Sombras imborrables, Abelardo y Rey Francisco, de nuestra puertorriqueñidad en la cúspide del recuerdo de nuestra idiosincrasia nacional; y en la cúspide de mi recuerdo. De mi recuerdo del ser humano ya con el pie en el estribo, ligero de equipaje...listo para el viaje cuando se produzca el llamado.

